

IV. Longevidad misteriosa

CUÁN ocultas y cuán hondas ansias de juventud perpetua se agitan en el fondo de la naturaleza humana! Mientras la poseemos se la derrocha sin piedad. Cuando el verano urente va quemando las mejores resinas de nuestros bosques vuélvense las miradas hacia el pasado; como si de menta, fúndense en nuestros labios y en nuestro corazón las palabras de los poetas: «¡Cuán presto se va el vivir!»

Comienza entonces la peregrinación a la recuesta de las aguas de perpetua juventud. El más bello atributo de los dioses, ángeles y gandharvas, fué siempre la juventud. Por un vaso de tal poción a Mefistófeles vende su alma Fausto. Los maravillosos alquimistas—a cuya ciencia vamos acercándonos día tras día—conocieron y prepararon el elixir de vida, los dos elixires de vida: aquel que da la divina inmortalidad y el otro que da la perpetua juventud.

El siglo diecinueve rió de ambas ilusiones. Quizás no Alejandro Dumas cuando se documentaba para sus *Memorias de un Médico*, ni Buliwer Lytton cuando escribió su *Historia extraña*. La de *Dorian Grey* fué juventud de perverso origen. Pero el siglo diecinueve llamó superticiosas estas ideas. El siglo veinte va entrando en la hechicería operativa medioeval. Comienza a creer en la posibilidad de renovar la juventud, de prolongar la vida. Ha descubierto que las secreciones glandulares tienen mucho que ver con la juventud. Y se practican los injertos de las glándulas con el mismo medioeval afán con que se preparaban filtros de juventud y de amor en misteriosos aquellarres o solitarios gabinetes.

Si el injerto de glándulas rejuvenece, ¿por qué no un elixir que provoque una renovación de las secreciones glandulares, una mejor conservación de lo que Paracelso llamó el bálsamo incorruptible que preserva contra la decadencia de los tejidos?

Nuestro inquisitivo escepticismo preguntará: ¿Y aprovecharon para sí tal elixir quienes lo preparaban?

¿Quién podría decirlo? Ignora la historia tantas cosas.

Francisco Bacon escribió acerca de la prolongación de la vida. ¿Fué larga la suya? Sus biógrafos de enciclopedia afirman que vivió de 1561 a 1626.

Sin embargo en la vida que de Bacon escribió Pierre Amboise, que es la primera y la más completa—publicada en 1631—se callan fechas y lugares de nacimiento y muerte. Biógrafos ingleses posteriores guardan la misma reserva.

Noches syracusanas

¿Cuál fué su residencia habitual en 1626? Se ignora. Fué canciller del Reino. ¿Hubo funerales a su muerte? No queda vestigio de ello y los registros de la iglesia de Saint Albans, donde debía constar su nombre, faltan desde 1600 a 1629. Se dijo que había sido sepultado en la iglesia de San Miguel. Examinadas las criptas se han identificado todas, la de Bacon no existe allí.

En un libro de Grosart se dice que Bacon se hallaba en retiro en 1629. En la *Vida de Bacon* de Montagu se declara que en una carta dirigida a este creador de Shakespeare se hace referencia a sucesos de 1631. Finalmente un sabio alemán, cuyo nombre se desconoce, afirma que Bacon vivió 106 años, según lo cual moriría en 1668. ¿Pero de verdad moriría? ¿No pasaría a nuevo retiro? ¿No asumiría otro disfraz?

Bacon maravilloso, tú engendraste el prodigio de Shakespeare y fuiste como la crisálida de que surgió el milagro del Conde de Saint Germain.

¡Cuán arrebatador misterio hay en el hombre!

V. La Muerte de Adonais

Aquella cristalina fragilidad de Keats—cuyo retrato por muchos años ha sido como una siempreviva de gracia en algún muro de mi hogar—ha solido hacerme la impresión de una sombra de alabastro que cubriese la quemante mariposa de la llama de una lámpara: a través de ella traslúcese el inflamado ardor de una alma grande. Pero en la suya, además, había un gravísimo y misterioso secreto: había visto desnuda, bañándose en el torrente de la luz, corriendo sobre los campos y sobre las almas de los hombres, a la naturaleza, como Acteón a Diana. Y tienda le alzó en las aguas Océano; Pan hizo tañer para él las orquestas de sus selvas y le dejó mirar Apolo toda la rica flor de los pensamientos de las Musas.

Keats ha sido para mí un alentador amigo. Sus cartas, sobre todo, derramaron bálsamo reconfortante en mi alma, durante muchas horas de prueba. En las alas de cada uno de sus poemas hallaréis siempre plumas de águilas y de arcángeles. Pero en sus cartas sólo veréis un dolorido corazón humano o una alma enamorada de sus amigos y de sus dos Fannys: su hermana y su amada Fanny Brawne.

Cuando mi amado hijo Hiram yacía en su lecho de angustia, herido del mismo mal que rompió la frágil

sombra de alabastro donde vivió encendida el alma de Keats, paseándome en silencio por la pequeña estancia, solía mirar, cuando no la noche a través de la ventana, el retrato de aquel desdichado poeta inglés, fijo en un muro, frente al lecho de mi hijo. Muchas veces se desarrolló su vida delante de mis ojos interiores.

Fueron veinticuatro años nada más los de su existencia. Pero cuán intensa su vida de pensamiento, cuán olímpica su poesía. No, no parece un hijo de la tierra, sino un joven dios extraviado en la refriega del mundo, como en los combates homéricos ante los muros de Ilión. Quienes le trataban se cerca no dejaban de amarle. Los afectos producían en su alma tempestades. En una de sus cartas, refiriéndose a sí mismo expresaba la volátil opinión de que nada es más antipoético que los poetas mismos, precisamente a causa de su volubilidad, de la inasibilidad de su ser, pues que a cada instante se identifican con sus creaciones o con las ajenas o con las personas de su ambiente. Sin embargo, su pasión por Fanny Brawne es de una poesía profunda de encanto, vibrante de dolor humano, embellecido por el genio de un poeta.

En setiembre de 1820 partió para Roma, en la compañía del artista José Severn, que fué su amigo, su enfermero, su familia toda, en la soledad mortal de aquellos finales meses del año y dos primeros del siguiente. Keats murió el 22 de febrero de 1821. Sobre su lápida, en el cementerio protestante de la ciudad de Roma, se escribieron estas palabras que él dijo de sí mismo:

AQUÍ YACE UNO CUYO NOMBRE
SE ESCRIBIÓ EN EL AGUA

¿Consunción? Sí. Pero bien supieron sus amigos que la vida del poeta había sido más larga, más serena, más fecunda y más gloriosa la literatura inglesa, si la crítica monstruosa de la *Quarterly Review* acerca de *Endimión* no hubiese trizado el vaso esbelto, pero frágil, donde se contenían las sobrias aguas de su vida.

Shelley escribió aquella majestuosa elegía que llamó *Adonais* y que corre paralelamente en gracia y sentimiento con el *Lamento a la muerte de Bion* que cantó Mosco. En *Adonais* se deplora la muerte del hijo de una raza celeste; en el *Lamento a la muerte de Bion* los campos, los ganados, las aguas, las plantas lloran la desaparición del músico que con sus cantos ponía más fervor en la primavera.

Pusieron veneno en los labios de